

N. D. Michael Novak es Teólogo e Investigador Residente en Filosofía, Religión y Política Pública del American Enterprise Institute, de la ciudad de Washington. Entre los influyentes libros que lleva publicados se encuentran Creencia y Descreimiento, La Experiencia de la Nada, El Ascenso a la Montaña, El Vuelo de la Paloma, El Advenimiento de la Etnica de las Razas sin Crisol, Los Fusiles de Lattimer y El Espíritu del Capitalismo Democrático. Recibió su formación en el Seminario de la Santa Cruz, el Stonehill College y la Universidad Gregoriana de Roma. Se graduó en la Universidad de Harvard, en la especialidad de Historia y Filosofía de las Religiones. Ha dictado cátedras en el Seminario Teológico de la Unión, la Universidad de Stanford, la Universidad Estatal de Nueva York, la Universidad Syracuse y la Universidad de California en Santa Bárbara. En 1981 y 1982 fue nombrado por el presidente Ronald Reagan como Jefe de la Delegación de los Estados Unidos a la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas. El Dr. Novak es Profesor Visitante de la Universidad Francisco Marroquín. Este artículo es una adaptación de un fragmento de su más reciente libro FREEDOM WITHOUT JUSTICE (LIBERTAD SIN JUSTICIA).

La Libertad Económica en el Contexto del Pensamiento Católico

Michael Novak

«El bienestar que la sociedad ha alcanzado jamás habría sido posible sin la figura dinámica del empresario, cuya función consiste en armonizar la tuerza del trabajo humano con los medios de producción, para dar origen a los bienes y servicios necesarios para la prosperidad y el progreso de los pueblos» Juan Pablo II, Milán, junio de 1983.

El primer Imperativo de una sociedad que aspira al progreso consiste en transformar la riqueza en capital, el consumo en ahorro y el atesoramiento estéril en inversión productiva. Lejos de ser inmoral o incluso amoral tal conversión es un acto de alto sentido espiritual: es autonegación y aceptación de responsabilidad por el futuro. Los que adoptan este patrón de conducta son individuos que se caracterizan por la autodisciplina, la frugalidad, la previsión y el valor.

Estas consideraciones llevaron a Max Weber a afirmar que se está produciendo una revolución del espíritu, un cambio profundo en el sentido de la vocación humana y del sentimiento religioso. La misión del hombre cristiano de hoy es la eliminación de la pobreza en el mundo.

Los pensadores católicos no se han ocupado mucho de los mercados y, cuando lo han hecho, se han basado en un postulado intuitivo, heredado de la era mercantilista, que ha sido ampliamente desacreditado. Hoy en día, se sabe que los mercados relativamente libres hacen más por la sociedad que los mercados intervenidos. Este descubrimiento reviste considerable importancia espiritual. El pensamiento católico no puede aferrarse a concepciones que han caído en desuso, como la afirmación de que, en un mercado libre, los poderosos acumulan riquezas a expensas de los débiles.

De aquí en adelante, si los pensadores católicos quieren presentar explicaciones coherentes sobre la aparente paradoja que presenta el desarrollo desigual de las diferentes comunidades humanas, tendrán que ocuparse de comprender el mecanismo del mercado. El desarrollo económico va de la mano con el desarrollo espiritual y el respeto a la dignidad de la persona humana, por lo que la Iglesia no puede abstenerse de analizarlo.

América Latina es una región de inmensa diversidad geográfica pero con profundas similitudes culturales e institucionales, y rica en recursos naturales variados. Todas las naciones latinoamericanas poseen abundante tierra agrícola y condiciones climáticas adecuadas por lo que deberían poder satisfacer sus necesidades de alimentos. Sin embargo, la desnutrición y la extrema pobreza no han desaparecido de sus comunidades.

Si los pueblos latinoamericanos adoptaran las instituciones de los japoneses, seguramente estarían entre las naciones más ricas del mundo. La comparación entre América Latina y el Japón es tanto más aleccionadora por cuanto, hasta 1950, el desarrollo económico del Japón era inferior al de varias naciones latinoamericanas.

Las fórmulas que conducen a la prosperidad no son secretos oscuros. Se pueden aprender observando a las naciones que las han puesto en práctica y han tenido éxito. En gran medida, las fuerzas que producen riqueza son fuerzas espirituales: la autodisciplina, el hábito de la cooperación social, la capacidad de organización, el impulso por aprender cosas nuevas y el afán de crear e innovar. Las minorías que han desarrollado esas fuerzas espirituales son las que han progresado económicamente, inclusive en el seno de comunidades mayoritariamente sumidas en la miseria, y muchas veces a pesar de ser víctimas de discriminaciones étnicas o culturales. La causa de la riqueza de las naciones es primordialmente el espíritu de los hombres enfocado a la creación y a la producción.

Pablo VI tenía razón cuando advertía a los países subdesarrollados que debían ser cautelosos ante el influjo del materialismo egoísta y del consumerismo superficial que proviene de las comunidades prósperas. Pero no son esas las causas de la prosperidad. Antes bien, son los vicios que corrompen y erosionan el desarrollo económico en las sociedades decadentes. Pero, al observar a las naciones que avanzan rápidamente hacia la prosperidad, nos damos cuenta de que, en ellas, el respeto a los valores espirituales que dignifican al ser humano avanza hacia niveles más elevados que en las naciones que permanecen en la miseria, o en las que se han estancado.

A mediados del Siglo XIX, John Stuart Mill estudió los hábitos de ahorro de diferentes comunidades. Encontró que la cultura juega un papel decisivo en el deseo de sacrificar consumo presente con el fin de invertir en el futuro. Encontró que, entre pueblos con tasas de producción similares, algunos viven primordialmente para el presente, mientras que otros se responsabilizan más intensamente por el futuro, invirtiendo o ahorrando una parte significativa de sus ingresos.

¿Por qué unas comunidades son más orientadas hacia el presente? ¿Por qué unos pueblos tienen menos incentivos que otros para restringir voluntariamente su consumo? En gran medida, la diferencia radica en las actitudes espirituales de unos y otros. Por una parte, para la mayoría de nosotros es más elevado espiritualmente el ciudadano que, pudiendo gastar todo su ingreso en satisfacciones presentes, guarda una parte para afrontar necesidades futuras propias o de su familia. Por otra parte, la evidencia demuestra que

tienen mayores oportunidades de bienestar futuro las naciones en donde la tasa de ahorro es alta. He aquí un ejemplo de convergencia entre lo que es mejor desde el punto de vista espiritual y lo que es mejor desde el punto de vista económico.

Pero el hábito del ahorro no depende exclusivamente de actitudes espirituales. Las instituciones sociales y el grado de estabilidad política afectan la confianza en el futuro y, por ende, las motivaciones racionales que inducen a los individuos a ahorrar y a invertir.

Pablo VI habló con desaprobación de los ricos de los países subdesarrollados que, en vez de invertir sus capitales en el propio país, los trasladan al exterior. Pero cabría preguntar si hay inmoralidad en el individuo que reacciona racionalmente ante la depredación de las dictaduras, las amenazas de confiscación, las devaluaciones monetarias y la inseguridad política.

En tales circunstancias, cumplir con el deseo expresado por Pablo VI difícilmente sería un acto responsable. Un individuo sinceramente preocupado por el bienestar futuro de su familia, o de su país, optaría por poner su capital a resguardo, hasta que terminen los abusos de los políticos y los atropellos al derecho de propiedad.

Hay gran diversidad de teorías sobre el papel legítimo del Estado, pero existe consenso entre los analistas objetivos sobre un punto: los gobiernos que no garantizan la estabilidad duradera de las normas que regulan la actividad económica restringen las oportunidades de bienestar de los individuos y de las familias.

Las respuestas que busca el pensamiento social católico convergen con el desarrollo de las instituciones liberales: el derecho a la propiedad, el libre juego de los mercados, los controles ciudadanos sobre el poder del Estado y el principio de subsidiariedad, que asegura la colaboración entre la ciudadanía y el poder público en la búsqueda de soluciones a la problemática nacional. Para eliminar la pobreza las fuerzas espirituales deben ser liberadas. Los gobernantes que reprimen las fuerzas creativas del espíritu denigran a los individuos y estrangulan el desarrollo de las naciones.

Por regla general, los gobiernos de los países subdesarrollados están conformados por grandes números de graduados universitarios y activistas políticos, que no conocen el riesgo empresarial. Se les ha enseñado a despreciar a los «tenderos» y a los «intermediarios», a los que ven como parásitos y a los que convierten en blancos preferidos de sus experimentos fiscales.

Por el contrario, muchos empresarios de los países pobres se inician en la actividad productiva sin haber tenido el beneficio de una educación formal. Su éxito es el resultado de trabajo arduo, que muchas veces empieza con la capitalización de una parte del esfuerzo productivo de los miembros de su propia familia. Los políticos no suelen apreciar el valor de esta creatividad económica.

La creatividad económica es sinónimo de desarrollo. Se nutre de la fuerza espiritual que hace del hombre un ser que es imagen y semejanza de su Creador. Su modelo evangélico es el carpintero que cuidó y alimentó a Jesús de Nazaret. La riqueza que genera, transformada en capital productivo, es la fuente de donde brotan los recursos necesarios

para mantener a los que son demasiado jóvenes, o demasiado viejos, o demasiado débiles para procurarse su propio sustento.

Cada individuo que logra poner en marcha una empresa productiva construye un puente por medio del cual él y su familia pueden abandonar las filas de los menesterosos y, por regla general, se convierte al mismo tiempo en fuente de ingresos, para que otras familias también puedan construir sus puentes. Hay muchos círculos viciosos en el imperio de la pobreza. Para romperlos, es preciso poner en marcha un «círculo de bienestar»: implantar las condiciones institucionales necesarias para que puedan surgir pequeñas empresas en los estratos humildes de la población. La expansión benéfica del capital privado irá alcanzando a números crecientes de individuos, reduciendo gradualmente el número de los menesterosos.

El bienestar económico anima a los individuos a buscar los mecanismos para gobernarse a sí mismos y para proporcionar instrucción a sus hijos. Cuando una nación alcanza un nivel de desarrollo económico adecuado, la democracia y, la alfabetización aparecen como subproductos.

El pensamiento social católico aún no ha comprendido plenamente la fuerza espiritual que nutre a las instituciones liberales. Es probable que, en el futuro, algunos teólogos sigan experimentando con el Marxismo. Pero llegará el día en que se desilusionarán, como ha sucedido ya con millones de seres humanos. Mientras tanto, la otra corriente del pensamiento católico se está fortaleciendo. Es la corriente que ha llegado a comprender que la dignidad de la persona humana, la interdependencia de los pueblos, el desarrollo económico de las naciones, el respeto a las libertades individuales y la vocación solidaria del ser humano son los ideales compartidos por el judaísmo, el cristianismo y el Liberalismo. Nuestra tarea es identificar las instituciones por medio de las cuales esos ideales pueden ponerse al alcance de todos los hombres.

MARX Y LA IGLESIA

Extractos de la «Teología de la Liberación», Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe.

La llamada de atención de Pablo VI sigue siendo hoy plenamente actual: a través del marxismo, tal como es vivido concretamente, se pueden distinguir diversos aspectos y diversas cuestiones planteadas a los cristianos para la reflexión y la acción. Sin embargo, **«sería ilusorio y peligroso llegar a olvidar el íntimo vínculo que los une radicalmente, aceptar los elementos del análisis marxista sin reconocer sus relaciones con la ideología, entrar en la práctica de la lucha de clases y de su Interpretación marxista dejando de percibir el tipo de sociedad totalitaria a la cual conduce este proceso».**

Es verdad que, desde los orígenes, pero de manera más acentuada en los últimos años, el pensamiento marxista se ha diversificado para dar nacimiento a varias corrientes que divergen notablemente unas de otras. En la medida en que permanecen realmente marxistas, estas corrientes continúan sujetas a un cierto número de tesis fundamentales que no son compatibles con la concepción cristiana del hombre y de la sociedad. En este contexto, algunas fórmulas no son neutras, pues conservan la significación que han recibido en la doctrina marxista. **«La lucha de clases»** es un ejemplo. Esta expresión conserva la

interpretación que Marx le dio, y no puede en consecuencia ser considerada como un equivalente, con alcance empírico, de la expresión **«conflicto social agudo»**. Quienes utilizan semejantes fórmulas, pretendiendo sólo mantener algunos elementos del análisis marxista, por otra parte rechazado en su totalidad, suscitan por lo menos una grave ambigüedad en el espíritu de sus lectores.

Recordemos que el ateísmo y la negación de la persona humana, de su libertad y de sus derechos, están en el centro de la concepción marxista. Esta contiene pues errores que amenazan directamente las verdades de la fe sobre el destino eterno de las personas. Aún más, querer integrar en la teología un **«análisis»** cuyos criterios de interpretación dependen de esta concepción atea, es encerrarse en ruinosas contradicciones. El desconocimiento de la naturaleza espiritual de la persona conduce a subordinarla totalmente a la colectividad y, por tanto, a negar los principios de una vida social y política conforme con la dignidad humana.

La aplicación a la realidad económica, social y política de hoy de esquemas de interpretación tomados de la corriente del pensamiento marxista puede presentar a primera vista alguna verosimilitud, en la medida en que la situación de ciertos países ofrezca algunas analogías con la que Marx describió e interpretó a mediados del siglo pasado. Sobre la base de estas analogías se hacen simplificaciones que, al hacer abstracción de factores esenciales específicos, impiden de hecho un análisis verdaderamente riguroso de las causas de la miseria, y mantienen las confusiones.

Una defensa eficaz de la justicia se debe apoyar sobre la verdad del hombre, creado a imagen de Dios y llamado a la gracia de la filiación divina. El reconocimiento de la verdadera relación del hombre con Dios constituye el fundamento de la justicia que regula las relaciones entre los hombres. Por esta razón la lucha por los derechos del hombre, que la Iglesia no cesa de recordar, constituye el auténtico combate por la justicia.

La urgencia de reformas radicales de las estructuras que producen la miseria y constituyen ellas mismas formas de violencia no puede hacer perder de vista que la fuente de las injusticias está en el corazón de los hombres. Solamente recurriendo a las **capacidades éticas** de la persona y a la perpetua necesidad de conversión interior se obtendrán los cambios sociales que estarán verdaderamente al servicio del hombre. Pues a medida que los hombres, conscientes del sentido de su responsabilidad, colaboran libremente, con su iniciativa y solidaridad, en los cambios necesarios, crecerán en humanidad. La inversión entre moralidad y estructuras conlleva una antropología materialista incompatible con la verdad del hombre.

Igualmente, la inversión por la violencia revolucionaria de las estructuras generadoras de injusticia no es **ipso facto** el comienzo de la instauración de un régimen justo. Un hecho notable de nuestra época debe ser objeto de la reflexión de todos aquellos que quieren sinceramente la verdadera liberación de sus hermanos. Millones de nuestros contemporáneos aspiran legítimamente a recuperar las libertades fundamentales de las que han sido privados por regímenes totalitarios y ateos que se han apoderado del poder por caminos revolucionarios y violentos, precisamente en nombre de la liberación del pueblo. No se puede ignorar esta vergüenza de nuestro tiempo: pretendiendo aportar la libertad se mantiene a naciones enteras en condiciones de esclavitud indignas del hombre. Quienes se

vuelven cómplices de semejantes esclavitudes, tal vez inconscientemente, traicionan a los pobres que intentan servir.

La lucha de clases como camino hacia la sociedad sin clases es un mito que impide las reformas y agrava la miseria y las injusticias. Quienes se dejan fascinar por este mito deberían reflexionar sobre las amargas experiencias históricas a las cuales ha conducido. Comprenderán entonces que no se trata de ninguna manera de abandonar un camino eficaz de lucha en favor de los pobres en beneficio de un ideal sin efectos. Se trata, al contrario, de liberarse de un espejismo para apoyarse sobre el Evangelio y su fuerza de realización.

Dado en Roma, en la sede de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el día 6 de agosto de 1984.